

¿POR QUÉ HAY QUE LEER A PABLO NERUDA?

*Como cenizas, como mares poblándose,
en la sumergida lentitud, en lo informe,
o como se oyen desde el alto de los caminos
cruzar las campanadas en cruz...*

1. Es el comienzo de *Residencia en la tierra* y el efecto es inmediato; alcanzamos a vislumbrar las trazas de un nuevo génesis: el tono, la textura de la imagen, su blancor, su inmensidad, y nuestra experiencia es la de estar frente a un monumento imposible, al leer a Pablo Neruda a menudo se tiene la sensación de que no es distinta a la sensación que podemos experimentar mirando la inmensidad del mar o las cumbres de los Andes. Poemas como *Galope muerto*, *Walking Around* o *Alturas de Macchu Picchu* nos hacen pensar en esas dimensiones. En sus momentos más altos la poesía de Neruda más que una creación individual, se parece a un destino en cuya inexorabilidad están expresados todas las muertes, esperanzas, tragedias, sueños y despertares, de millones y millones de hombres y mujeres que han requerido de los poemas para completar sus existencias. Pablo Neruda al escribir su *Canto General* no sabía que ese libro iba a ser la prueba de que los pueblos que a través de él lo escribieron y que allí se mencionan, debían atravesar todavía la noche general para darles a todas esas víctimas, a los oprimidos y marginados de nuestra historia la sanción póstuma de encontrar en la poesía la vida nueva que debía esperarlos y que no los esperaba.

2. A diferencia de Borges, cuya obra, superlativa sin duda, está de una u otra forma contenida dentro del horizonte especulativo de un mundo que creó la teoría de la relatividad y las geometrías multidimensionales, por lo que no es inverosímil deducir, borgeanamente, que si Borges no hubiese escrito “El Aleph”, otro u otra lo hubiese escrito (una mujer, por ejemplo, apellidada Urbach o un hombre llamado Ireneo Funes). Sin embargo, nada, absolutamente nada había en una cultura ni en una historia ni en una lengua que pudiera hacernos presagiar que *Residencia en la tierra*, como los poemas cumbres de *Canto General* pudieran ser escritos, pero fueron escritos. Es decir, fue escrita la letanía inmortal de Alberto Rojas, fue escrito “Como un naufragio para adentro nos morimos”, de “Solo la muerte”, fue escrito

“Sube a nacer conmigo” de *Alturas de Macchu Picchu*. Es decir, fue escrita la luminosidad instantánea de un nuevo nacimiento junto a la oscuridad incancelable de que tenemos que morir.

3. Hay algo que sucede específicamente con la poesía, algo no antes considerado, y que hace que sea refractaria vicio de las interpretaciones. No hay otro diálogo con la poesía que no sea el de la emoción y la inferencia (pero esa emoción y esa inferencia han levantado naciones, han creado pueblos, han anunciado los interminables Apocalipsis). Podemos imaginar entonces los paisajes y los escenarios de las Residencias; esas cenizas, esos mares poblándose, y frente a ellos, a un ser aún sin nombre que acabando de despegar sus manos del suelo mira el mar y encima las primeras estrellas encendiéndose y comprende de golpe que ellas cenizas seguirán estando allí, pero él no las verá y hace el más trascendental de los descubrimientos, aquel que esta inserto en cada átomo de lo que somos descubre la muerte, e inmediatamente después descubre el lenguaje que es, antes que nada, el conjuro que los seres humanos lanzan frente al hecho absoluto, incomprensible, de que estamos condenados a morir. El primero de esos conjuros es lo que aún persistimos en llamar: el Poema. La conciencia de lo humano nace con el descubrimiento de la muerte. Somos hijos de la muerte y del poema.

4. Paralelos al mundo, los grandes poemas representan el límite del lenguaje, el cabo de las palabras; nada hay más allá de ese “Sube a nacer conmigo; hermano”, que el eco resonante de su voz, nada hay detrás de “Solo la muerte” que la muerte. Cada ser vivo, nosotros, la humanidad entera, es el puerto de llegada de un río inmemorial de difuntos y en cada palabra que nos decimos, aquellos que nos antecedieron vuelven a tomarse la voz. Es esa pasmosa continuidad la que nos hace presente Neruda, y al hacerlo nos muestra que la única resurrección que se nos dio en esta vida, es la resurrección en el lenguaje.

5. Entendemos entonces que hablar es hacer presente a los muertos. Solo podemos decir “montaña” porque otros, arrastrados por el torrente de la vida y de la muerte, viendo esas inmensas construcciones que se erigían contra el cielo, las llamó “montañas”. Una lengua es antes que nada es un acto de amor que nos sobrepasa infinitamente porque es la única

resurrección que nos muestra el mundo. Todos resucitamos en nuestras lenguas maternas y los sonidos de esas lenguas está contenido el sonido de todo el pasado, como también los enigmaticos pulsos que nos llegan desde el futuro. El sonido entoces de cada palabra que pronunciamos es correada por el río inmmemorial en que se suceden los vivos y los muertos que renacen en ella. Así, la lengua que hablamos es la permanente ejecución de la partitura que nos va dejando la lengua de los que hablaron. Todo lo que escuchamos y decimos no es sino la grandiosa reinterpretación que los vivos vamos haciendo de la sinfonía que ya han ejecutado los muertos. La música de un idioma es eso y esa música lo cubre y lo integra todo y sus notas son permanentemente desbordadas por las infinidades de difuntos que vuelven a nacer en cada palabra que hablamos.

6. ¿Por qué entonces hay que leer, y hoy más que nunca, a Pablo Neruda? Porque debemos persistir, porque debemos apretar los dientes y persistir, cruzar la nueva noche que se nos cierne, aunque sepamos que no hay nada más aterrador que una noche instalada en el centro del día.

Raúl Zurita

22 de noviembre, 2021